

## ¿Qué importa el Covid, polombianos, si no valoramos la vida?

Karen Vega Romero<sup>12</sup>

Quién pudo imaginar que en un mundo tan normal y en un país como el nuestro, Polombia, se pudiera vivir en cuarentena por causa de un virus que, para algunos, simplemente es una gripita. Qué loco, amor. Me pregunto ¿por qué? Bueno, es sencillo. Ahora, solo narraremos lo trágico que vivimos en general los polombianos en casa, porque extrañamos el saludo cordial de nuestros semejantes y esos gestos amables que nos inspiran cada día, así como la transparencia de nuestros representantes, esos que llamamos gobernantes de un país de nadie, de todos. Bueno, ahora sí entremos en perspectiva.

Había una vez, un mundo lleno de bondades, grandes bondades, como la naturaleza, la tecnología; de esperanzas, de anhelos, de proyectos en mente para ser ejecutados, de personas

---

<sup>12</sup> Estudiante de VII semestre de Economía de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Amante del pensamiento diverso y de los enfoques cuantitativos en pro de la realidad.  
karenvegaromero1@gmail.com

llenas de ilusión, de amor, pero también de odio, de ambición, de corrupción, de suciedad y de vaciedad, de avaricia representada en una economía que mide los rendimientos sociales, humanos y todas esas emociones, sensaciones y ambiciones a través de números. Sí, de números, esos que son una representación nada más, porque, aunque este mundo sea mágico, nunca hemos visto a ningún ocho caminando, y aquí me atrevo a decir que sería un tanto fascinante y otro tanto divertido.

Bueno, bueno, sin desviarnos. En este mundo, había muchos países que, guiados por la ley del mercado y de los grandes pensadores como los neoclásicos (economistas con modelos fuera de la realidad), deseaban que esos números de rentabilidad crecieran; y por ello, en el año 2030 todos los países ya eran interdependientes y estaban tan conectados, que lo que le pasara a alguno de ellos afectaría a los demás.

Por eso, cuando se dio la hora cero, el coronavirus ya estaba en la mayoría de las naciones, y, a pesar de los grandes esfuerzos de Polombia, allí también ya había llegado, y sus compatriotas fueron enviados a cuarentena para tratar de amortiguar lo que se venía. Todos a sus casas con pico y cédula para salir a realizar las compras y trámites necesarios, y sin duda la familia Pichulini también. Ellos conformaban un hogar bonito, cotidiano, siempre unido por el amor, a pesar de las diferencias imposibles de omitir. En esa casa, solo vivían tres personas: mamá adoptiva, papá y el pequeñín de cinco años.

Cuando la emergencia sanitaria fue un hecho y ya no hubo más trabajo fuera de casa y el estudio empezó a patalearse en una virtualidad improvisada, los tres empezaron a compartir su vida a diario, ya no en unas cuantas horas de mañanas y noches llenas de cansancio por el ajeteo del día y de las actividades que cada uno de ellos realizaba. Ellos pensaron que esto era una buena oportunidad para compartir, pero también supieron que debían establecer horarios y metas diarias, porque, de lo contrario, los absorbería esos molestos pensamientos de aburrimiento que no se darían en esta familia, como más adelante se darían cuenta, debido a que su día siempre estaba lleno de trabajo, quehaceres y estudio, que, al añadirle un hijo con pilas Duracell, lo último que habría era aburrimiento.

Sin embargo, lo que sí habría era estrés, cansancio y momentos reflexivos que terminaban en conclusiones tristes y deprimentes, porque en esos espacios todo se veía con claridad, y lo último que se visualizaba era libertad y vida verdadera, salvo por algunos momentos y horas que gozaban de su amor, jugueteando los tres como niños a las escondidas, mirando pelis, o tratando de probar cosas nuevas en la cocina con los intentos de recetas de la mujer Piññi, y ese intento de emparedado como le decía Duracell a ese sándwich que tanto le gustó. Por lo menos, esta receta había triunfado.

Pero, es importante decir que no creían en la libertad, no por estar en la casa y con la idea de una palabra como confinamiento o presos en una cárcel, sino porque cuando las cosas

avanzaron, hubo otros cuantos ratos de reflexión y las noticias seguían reproduciéndose con sonidos de “volveremos a la normalidad” y “la curva de contagio de la pandemia en Polombia se redujo”. Mentiras y más mentiras, la realidad era otra, y esa curva reducida iba en aumento y ya estaban cerca de los diez mil infectados y no sé cuántos muertos.

Entonces, nuestro gobierno empezó a decir la palabra mágica: *economía*, ya se estaban demostrando, porque recuerden su verdadero significado en Polombia y en este mundo mágico de absurdos: era un número en aumento. En fin, ellos no creían en libertad, porque la realidad que veían era gente que se veía obligada por las precarias condiciones de vida a salir a trabajar, y claro, apoyados por un gobierno que se justificaba en la palabra mágica. Por consiguiente, ahí no había libertad, solo palabras y una dictadura –así fuera de los intestinos– del gobierno. Daba igual, la libertad no existía.

Y si no fuera por su fuerte afecto, las cosas en esta casa podrían haberse salido de control, como lo decía el pequeñín, quien demostró valentía en estos momentos que extrañaba el nuevo colegio, a su mamá, a la pareja de su mamá y, por supuesto, las salidas a jugar en el centro comercial. Pero, no era solo valentía sino aprendizaje también, era todos los días levantarse e ir al cuarto de papá y mamá adoptiva, arruncharse unos cuantos minutos y empezar el día buscando la ropa que se pondría. Luego, papá lo bañaría, mientras Piññi preparaba el desayuno y, para que rindiera el día, adelantaba el almuerzo. Después, sentados todos

en la sala, desayunaban y empezaban oficialmente otro día.

Más tarde, Duracell ya había terminado sus tareas, y si eran clases por Zoom, ya las había tenido. A esta hora, todos tenían algo de apetito y la merienda los esperaba para continuar con la jornada. Pero no siempre todo iba tan calmado y ordinario, en algunas ocasiones, ella también tenía clases por Zoom o Meet; él, las reuniones virtuales; y Duracell con un montón de energía queriendo jugar. Diosssssssssssssss, dónde están esos espacios para pintar, hacer cursos virtuales, escribir, leer, jugar, y demás, en los que enfatizan las publicaciones en redes sociales por parte de los entes públicos y privados dizque para distraer la mente, ¿dónde están?, y si esta pequeña frustración con el tiempo fuera poco, los platos después de cada comida sabrosa y feliz porque existía en la mesa, gritaban desde el lavaplatos para que los lavaran. Total, había que lavarlos. En pocas palabras, así iba el día en esa casa y con esa familia que también quería hacer ejercicio y lo lograba, cosa que los hacía mantener más activos en las actividades diarias y, por supuesto, sentirse “bellos”.

Algunos días, ella dudaba de la humanidad y la utilidad de su existencia, pues parecía que siempre eran los causantes del daño al planeta, y que además se aferraban a la vida como garrapatas al ganado sin dejar su obstinación y su podredumbre que parecían ser innatas, porque eso era lo que demostraban sus acciones. Pero, basta de depresión, solo son unas cuantas palabras de asco por esa humanidad que no debiera existir. Ahora, les contaré

cómo estaba la normalidad en lo íntimo de esta casa. Los días pasaron y la cotidianidad era la compañía ideal, pero no solo ella, también el aumento de trabajo de nuestro querido “Romeo”, además de las intermitentes llamadas y videollamadas que solo demostraban que no había respeto por el sujeto y que había como siempre que responder con una puta sonrisa y colaborar, porque esos valores de m... inventados y manipulados por la sociedad son necesarios para mantener un trato social de acuerdo con lo que se espera.

Otros días, ella estaba tan motivada y emocionada de la vida, que no importaban aquellos detalles deprimentes, solo el quehacer de la casa, el cumplimento de actividades con la mejor actitud, porque deseaba que todo marchara de la mejor manera y que pronto llegarán esos grandiosos días en los que podían compartir como familia; y, por supuesto, que no hubiera tanto cansancio para disfrutar de los placeres carnales que siempre hacen falta, y que ellos saboreaban cada que podían y que el sueño, el pequeñín o el cansancio permitía, porque, aunque las parejas vivan juntas, eso no indica que la intimidad sea frecuente, no solo porque no quieran, sino porque las responsabilidades y demás adornos de esta vida fascinante no lo hacen posible.

Pero, al final, todo el caos de este mundo es lo que quizás lo haga emocionante, por eso hay que disfrutar con los que amamos y valorar la vida. Así como esa familia lo hizo el principio de mes, cuando “Romeo” cumplió sus 35 años, celebrando la vida, como se hace en Polombia:

con borrachera hasta el amanecer, porque ningún relato o persona hará que nadie cambie sus actuaciones y su pensar más que ella misma. Por eso, al terminar este escrito, ya no eran cerca de diez mil infectados, mis queridos compatriotas, sino que ya superaban los cincuenta mil. Y si saben contar, síganlo haciendo, porque en Colombia no existe responsabilidad en la pandemia ni para ponerse bien un tapabocas.